

De cuando Terence Hill me subió al mostrador michelle renyé

Siempre me tocaba ponerme de portera, aunque una vez había metido cuatro goles al equipo de Nuevo Baztán en el torneo futbolero infantil. Siempre iba la última cuando surcábamos el campo sin poner el culo en el asiento y a veces volando en lo que llamábamos bici-cross. Los moratones se ganaban. Siempre me tocaba cuidar las bicis cuando íbamos a las cuevas de cuarzo: ahí, mirando para abajo mientras se alejaban, ahí, mirando cómo luego escalaban al otro lado, y el consuelo de darle vueltas al cristalito ahumado mientras escuchaba las asombrosas historias que ocurrían en las cuevas.

Por todo esto, yo también cabalgaba sola en mi BH naranja, libre como mi madre, una mujer independiente. Eran los años setenta del siglo 20, y mientras cumpliera con lo de ir a clase, los soporíferos deberes, y acompañara los sábados, montando la bici a paso de caracol, ida y vuelta, a María al super, para traer la compra de la semana en un cajón atrás, el resto del tiempo lo podía usar como quisiera.

Sobre deberes, he de anotar que no se trataba de un ratito. Como había perdido un curso en Australia, donde 5º de EGB se llamaba diferente, en el bungalow del colegio de Eurovillas, tenía que hacer lo de quinto y lo de sexto también. Mi madre se lo había pedido al director, hacer dos años en uno, para que no sufriera el estigma de ir retrasada. Yo acepté sin entusiasmo, sobre todo para que no la llamaran “mala madre” y ahorrarme así alguna pelea de esas de rodar por el polvo.

Gracias a mi libertad de movimiento, corrí siempre muchas aventuras. Imaginaba, sentía y pensaba sobre todo lo que veía. Lo bien que se estaba a horcajadas en aquel árbol, abrazada a él, viendo las hojas de las ramas, sintiendo su sonido entre el viento. Los preciosos colores movidos por la luz como si fuera agua, o cómo caía ésta por el horizonte, cómo cambiaban los olores, lo que dibujaban las nubes, lo que hacían las hormigas y un catálogo siempre imprevisto de insectos.

Exploraba zonas de derrumbes por si hubiera que rescatar a alguna gata recién parida. Visitaba el territorio de las cuevas vegetales, arbustos o encinas bajas que tenían dentro claros, y donde podías dejar un mensaje bajo

una piedra, o encontrarte alguna respuesta. En alguna ocasión me acerqué al caseto abandonado donde la niña de la base aérea que usaba sujetador y lo rellenaba se dejaba besar y tocar por los niños españoles. Nunca llegué a ver nada porque aquello me daba miedo. La niña me parecía increíblemente valiente, pero en realidad yo pasaba por allí por si un día pedía ayuda. No me fiaba de los chicos en el tema del sexo, parecía convertirles en malas personas. Empezaban a hablar de “las chicas” con desprecio y presumiendo de querer usarlas.

Por suerte, como yo estaba plana y era marimacho no se fijaban en mí. Ni se enteraban de que estaba en la pandilla. Salvo un día cuando de pronto les interesó.

--¡Que vaya Michelle! ¡Sabe inglés!

En el hotel de cinco estrellas, entró el actor italo-estadounidense Terence Hill, con aquel moreno oscuro resaltado por aquellos ojos azul agua clara que refulgían sobre su preciosa sonrisa. Estaba rodando un spaghetti western con Bud Spencer. Terence Hill pedía la llave en Recepción. De un empujón, aparecí en el centro del hall, e impelida por esa fuerza, fui acercándome al actor, que estaba de espaldas. Tenía una misión que cumplir, pedirle un autógrafo.

Terence Hill se dio la vuelta y me vio, una pizca de niña, flaca y con los dientes de arriba para fuera, las rodillas con costras, las piernas sembradas de moratones, las manos de arañazos de gatitas y gatitos salvados, el corte de pelo a tazón porque María era de la Mancha y allí se estilaba así (aunque yo lo arreglaba con algún que otro recorte). Terence y yo, frente a frente. Seria, le miré fijamente. No podía decir nada. Rompió a reír. Me preguntó si quería un autógrafo. Moviendo parcamente la cabeza asentí. Sacó una foto, la firmó y me la ofreció.

--14, please.

Y fue entonces, cuando partió de risa, me subió y sentó en el mostrador del hotel. Tenía tarea.

Las fotos brincaban y volaban cuando, como a la fuga, salimos del hotel.